



Feliz Valloton, *El baño al atardecer en verano*. Zurich, Kunsthaus

LITERATURA Y VIDA EN LOS
ESTRATOS BAJOS DE ITALIA
ENTRE 1800 Y 1900:
IDEOLOGÍA EDUCATIVA
Y ACULTURACIÓN EN EL
MUNDO MARGINADO

Anita Gramigna

RESUMEN

LITERATURA Y VIDA EN LOS ESTRATOS BAJOS DE ITALIA ENTRE 1800 Y 1900:
 IDEOLOGÍA EDUCATIVA Y ACULTURACIÓN EN EL MUNDO MARGINADO

A partir de una lectura pedagógica y una historia social de los marginados, la autora muestra cómo en una narrativa literaria que, entre 1800 y 1900, en Italia, observa los problemas sociales bajo la ideología y los filtros que procuran la reproducción del orden, de la verdad de la normalidad y de la moral tranquilizante, se testimonia, a pesar de ello, la vida de los marginales, sus forma de socialización y sus elementos formativos.

RÉSUMÉ

LITTÉRATURE ET VIE DANS LES COUCHES SOCIALES BASSES D'ITALIE ENTRE 1800 ET 1900:
 IDÉOLOGIE ÉDUCATIVE ET ACCULTURATION DANS LE MONDE MARGINÉ

À partir d'une lecture pédagogique et d'une histoire sociale des marginaux, l'auteur montre la manière dont une narrative littéraire apprécie les problèmes sociaux en Italie entre 1800 et 1900, sous idéologie et les filtres qui visent la reproduction de l'ordre, de la vérité, de la normalité et du moral paisible, en témoignant, malgré tout, la vie des marginaux, leurs stratégies de socialisation et leurs éléments de formation.

ABSTRACT

LITERATURE AND LIFE IN THE LOWER STRATA IN ITALY FROM 1800 TO 1900:
 EDUCATIONAL IDEOLOGY AND ACCULTURATION IN THE UNDERPRIVILEGED WORLD

The author commenced from a pedagogical reading and a social history of the underprivileged to show how a literary narrative that observed social problems in Italy under the ideology and the filters that bring on the reproduction of order, the truth of normality and a tranquilizing morality. In spite of this, it bears witness to the lives of the underprivileged, the way they socialized and their educational elements.

PALABRAS CLAVE

*Marginalidad social en el arte, Educación y marginalidad; Novela de formación.
 Social underprivileged in Art, Education and underprivileged; Educational Novel*

LITERATURA Y VIDA EN LOS ESTRATOS BAJOS DE ITALIA ENTRE 1800 Y 1900: IDEOLOGÍA EDUCATIVA Y ACULTURACIÓN EN EL MUNDO MARGINADO*

Anita Gramigna''

Traducción del italiano: Alvaro Yepes Henao*''

SON LAS FÁBULAS VERDAD

En la narrativa popular italiana, hacia finales del siglo XIX, son numerosas las descripciones de ambientes depravados: periferias, barrios sórdidos, cárceles, lugares malsanos. Los escritores de la *insensatez* (Cfr. Mariani, 1967; Tessari, 1976) se disponen a interpretar los apetitos más crasos del gran público, forzando el gusto por la observación de lo real hasta en sus más oscuros recintos y, quizás, reaccionando contra una lectura más estética de la vida, replegada sobre sus mitos del Resurgimiento y que encantaría a Croce (Cfr. Bobbio, 1969).

Por otra parte, esta tendencia del *Folletto Nazionale* se inspiraba y sustraía buena parte de su vigor de las hermosas páginas de Zola, tanto que, cabalgando entre los dos siglos, se impone en Italia una corriente literaria somera-

mente definida como *zolismo*. Esta tendencia, en su búsqueda de un valor documental, presenta una atención muy particular por los problemas sociales, a menudo reflejada con fines narrativos, tanto entre los especialistas del escándalo como de la protesta social sincera.

Con el paso del tiempo, escritores, periodistas, criminólogos, ex magistrados, le van dando vida a una intensa producción publicitaria que mostraba los crudos contrastes entre el progreso científico, exaltado por las grandes exposiciones de fin de siglo, y la degradación de los estratos más ínfimos de la población. Florecen, entonces, las reivindicaciones humanitarias y, con ellas, florecen denuncias genéricas contra la también llamada genérica clase dirigente: se trata de las páginas de Giulio Piccini, Invernizio y Mastriani,¹ las crónicas negras de Ferrero, Sighele y Bianchi, las divulgaciones criminológicas de la escuela lombrosiana de De

* [N. del E.]. Este texto se publica con la autorización expresa de la autora.

** Profesora de Pedagogía Social. En la actualidad asesora un curso *on-line* en la SSIS de Véneto (Padova)
Dirección electrónica: grt@unife.it

*** Profesor de la Escuela de Idiomas, Universidad de Antioquia.

1. He tratado este tema en el tercer capítulo, "A lo largo de los caminos de la literatura", de mi volumen, *Historia de la mala educación, los niños malos del siglo XIX* (1998a). En estas páginas trato de individuar, en las raíces picarescas de cierta literatura romántica tardía, la imagen de una infancia marginada idealizada como víctima del mundo adulto corrupto.

Blasio.² Se trata de una especie de exotismo cotidiano, nacional y popular que era, quizás, la base del éxito estrepitoso de otro interprete de la narrativa popular: el ingenuo Salgari,³ con sus héroes truculentos y fanfarrones, con ese gusto por un primitivismo un poco lujurioso, el cual también encontramos en el tan enfatizado catálogo de homicidios, hurtos, pasiones y obscenidades, vistas casi a vuelo de pájaro. Aunque en esta mirada ambigua se puede gustar el sabor de la evasión hacia otro mundo, distante, diverso, pero al mismo tiempo, lo bastante cercano para ser reconocido, también pueden ser palpados aquellos elementos de familiaridad exótica, a tal punto que liberan el deseo por lo tranquilizante, el conocimiento y la aventura.

Así como la parte salgariana concluyó siempre con la reconstrucción del orden, un orden de estilo burgués y occidental, tan lejanos de los escenarios reales de Malasia, estos ambientes malsanos, a su manera, confirman y reiteran la verdad de la normalidad, su justicia ineludible y la moral inequívoca. Quizás los marginados nunca serán redimidos, pero en la confirmación ideológica y conceptual de su separación inevitable de los demás, se construye una especie de dique protector en el imaginario popular.

Las finalidades manifiestas continúan, de una manera enfermiza, su divulgación pseudo-científica y sociológica. Se proponen, además, una pedagogía social en la abundancia de descripciones tan horribles, que deberían disuadir cualquier ingenuo observador de acercarse demasiado al mundo de la mala vida. Asustar un público deseoso de emociones y deli-

tos, tranquilizarlo con las explicaciones científicas, es lo que se proponen los autores de estas páginas, algunos individuando, en la filantropía y en la reclusión, la ocasión para que la sociedad "hermosa" salve su alma.

El escritor se aventura en los fatídicos barrios populares con equipaje de nobles intentos y con el mismo escalofrío que atrapa al explorador occidental en la jungla tropical: el hombre blanco confrontado con los indígenas primitivos, desafiando la ferocidad de los tigres devoradores de hombres.

INDIVIDUOS A LA DERIVA, O BIEN, INFANTES ETERNOS

El análisis que nos proponemos obviamente no es de tipo crítico-literario, ni filológico-exegético. Leeremos estos exponentes de nuestra narrativa como documentos que atestiguan una cierta historia social de los marginados, las percepciones colectivas, el recorrido formativo de una Italia que se prepara para sobrevivir y, en fin, las intencionalidades de reclusión y reeducativas de la sociedad civil. La retórica de las buenas intenciones, la moralidad tranquilizante de cuantos están de la parte justa, lejos de las periferias más sórdidas y en aquel centro significativo del cual parte la reflexión y la mirada sobre este universo por colonizar (Cfr. Gramipua, 2000a). Colonización que, entre otras cosas, consiente una clase de sociedad justificada por los apetitos voyerísticos de los civilizados, los justos, de los normales, al mismo tiempo irresistiblemente atraídos y rechazados por los inquietos países de la diversidad, la marginación.

2 Tales autores, en realidad escriben sobre todo con intenciones documentales y científicas, pero aquí tomo en consideración sólo las páginas que muestran la veleidad literaria. Sobre la otra producción de carácter ensayista, \ el segundo capítulo, "Entre ensayos y tratados", del citado volumen, *Historia de la malaeducación* (1998b). Sobre el tema más en general, véase, M. Foucault, *Moi, Fierre Rivière, ayant égorgé ma mere, ma soer et mon jre...*, (1973), y del mismo autor, el reciente *Los anormales* (1999). Además, el clásico, *Vigilar y castigar: características de la prisión* (1975).

3 Para este propósito he profundizado el argumento en mi ensayo "Europa vieja y niña en el más allá imaginario de Salgari" (2002b).

Después de una primera lectura pedagógica, esta producción nos ha parecido interesante porque, más que otras fuerzas, recoge y siembra, al mismo tiempo, la ideología educativa relacionada con el mundo de los oprimidos, los marginados. Si, de un lado, la sociedad debe defenderse de los propios agentes contaminantes de sus bajos estratos, por otra parte, la sociedad interpreta una voluntad redentora y educativa, aún cuando las crónicas de los estudiosos de la escuela lombrosiana no dejan ningún espacio para las esperanzas salvíficas: el marginado es como un menor de edad el cual tiene que ser observado, controlado, protegido incluso hasta de sí mismo y, sobre todo, al que no se le permite moverse libremente. Sólo la reclusión y el trabajo forzado pueden producir algún resultado, aunque el germen original de la degradación subyace ya bajo cualquier apariencia de rehabilitación. La reclusión, además, responde al fin de esconder, ante los ojos incontaminados de la mayoría, el espectáculo horrendo de un miembro de la sociedad incapaz de resolver sus inquietantes contradicciones.

De aquí el fantasma de la protesta popular protagonizada, en los últimos veinte años del siglo XIX, por el movimiento socialista, el cual llegaría a ser partido en 1982. También los socialistas serán observados, estudiados, encarcelados como delincuentes, según lo demuestra la visión lombrosiana. Los socialistas, a menudo de extracción burguesa y alta burguesía, se habrían revelado contra la clase social que los había criado y alimentado, incitando el pueblo con discursos vanos, agitando quimeras de bienestar, diseñando un nuevo sujeto social. También ellos, junto al deseo de prosperidad, al ocio, a la inmoralidad, a la ambición de cambiar el propio estatus, etc., alimentarían el fenómeno de la criminalidad. También ellos, como la difusión de la escuela popular, evocaban peligrosas fantasías de cambios, los cuales ignoraban el caos que, fuera del magnífico orden existente, arriesgaba vivir la colectividad (Cfr. Giordani, 1906; Ferri, 1883).

En otra parte, en cambio, se recoge la aprehensión apasionada por los destinos trazados por la miseria y la injusticia social, pero también por cualquier inclinación afectiva o religiosa, la cual provechosamente puede arrancar al sujeto de la degradante vida que lleva.

La ideología que, de alguna manera, esta literatura refleja y nutre, de un lado bosqueja a largos trazos las imágenes sociales; de otro lado, explicita las dicotomías, las incongruencias, los anhelos inconfesos de un universo al mismo tiempo atrayente e inquietante. Una visión del mundo que vislumbra más nítida en el cuento de apéndice, bosquejada secamente a grandes líneas, en modo elemental y quizás inconsciente. Pero esta producción triunfará aun con acentos poéticos en los cuentos de Federico De Roberto, en las novelas de Verga (Cfr. Righetti, 1998) y entre algunos intérpretes más sobresalientes del zolismo italiano como Tronconi y Arrighi. Aquí el discurso se enriquece con matices que resuelven las dificultades en la trama del tejido antropológico, en la atmósfera del ambiente, en la verdad de vivencias humanas profundamente exploradas.

¿Quiénes son los protagonistas de este mundo malsano, los individuos que son observados y descritos con talento magistral, y sujetos a los cuales se les piensa analizar con un filtro médico-sociológico? Son muestras con rostro humilde como los mendigos, o terrible como los bandidos de Sicilia o Cerdeña, u obscuro como las mujeres de la calle, las prostitutas, los magnates, o viles como los ladrones y asesinos. Un mundo subproletario a la deriva de los desesperados que habitan los hospicios, las calles, las cárceles; desesperados inconscientes de la degradación que viven y reproducen; discapacitados sociales que deben ser vigilados, custodiados y reprimidos. Esta infantilización del sujeto marginado adulto no nos debe sorprender, si pensamos que, en su misoginia absurda, Lombroso consideraba la mujer, cualquier mujer, como una especie de disminuida, una persona con su desarrollo

truncado; a tal punto que consideraba la mujer normal como una especie de semicriminal inofensiva.

Pero sin necesidad de llegar hasta estos extremos gratuitos y absolutamente abstractos, no podemos olvidar que, en este período, tanto la política como la narrativa en general reflejan la ecuación infancia/pueblo, estudiada tan magistralmente por Asor Rosa (1975). Ambos son sujetos que deben ser educados en los ideales burgueses, son sujetos incapaces de autogobernarse, pero que, además, deben ser acompañados, cuidados, dirigidos con inclinaciones exactamente paternalistas. Con mayor razón aquellos que viven en las márgenes o más allá de las márgenes de tolerancia social; aquellos que se han portado mal son considerados menores de edad, irresponsables, incivilizados. En una palabra, infantes. Infantes privados de aquella áurea de inocencia delicada y frágil, la cual impulsaba la educación de entonces a volverlos prematuramente adultos.

Si la educabilidad y la anarquía son las principales categorías de definición del concepto de infancia,⁴ éstas, paradójicamente, intentan incluso circunscribir el país inquieto de la desviación; sólo que la educación aquí se centra toda y se realiza en el impedimento y la constricción. Tiene, en primera instancia, un papel restrictivo y nunca estimula el desarrollo del individuo, ni siquiera dentro de los parámetros trazados por la ideología pedagógica oficial. Se trata de niños envejecidos que, según la opinión pública, nunca llegarán a ser adultos. Es por esto que deben ser vigilados y, cuando no es posible de otro modo, reclusos. Es, entonces, en la reclusión, injustificada o preven-

tiva, como la que se lleva a cabo en los dormitorios públicos para corrección de menores, que se realiza la primera forma sutil e insidiosa de educación. Mientras tanto, en la restricción física de la acción, luego en la ostentada separación de los demás, es como se exalta el sentido mortificante de la propia diversidad.

Es el primer objetivo pedagógico esencial, el triste conocimiento del cual debe partir cada veleidad re-educativa. Porque se trata, como escribe Paolo Valera en sus artículos agrupados en el volumen "La Milán desconocida", de 1879, del "lastre deshumanizado": «una jauría de nacidos malvivientes. Todos jóvenes. Las mujeres entre los quince y veinte años. Los varones entre los dieciséis y los treinta. Todos vivían en la calle. Todos ellos decorados con apoditos».⁵ Son los *hampones*, una especie de fraternidades de delincuentes que vivían en los barrios más degradados del Milán de finales de siglo, «terroristas, hienas, granujas de todas las calañas» (Valera, 1973, 5). Monstruos ajenos a cualquier intento de salvación: «Antes de concluir debo decir que la rehabilitación de los delincuentes es una utopía» (10), escribe el periodista en un tono desilusionado. Individuos que desprecian las leyes civiles, que se burlan de cualquier sueño de rehabilitación, siempre luchando contra la sociedad porque: «el sentimiento que todo ellos experimentan de sí mismos [escribe Giulio Piccini en su *Florenzia subterranea*, de 1884] un sentimiento de ser víctimas, perseguidos por una sociedad injusta a la cual desafían y de la cual se burlan en los momentos cuando les hiere de la forma más cruel» (Piccini, 1973, 12-13). Monstruos que llevan sobre sus rostros y cuerpos las marcas de su aberración inquietante:

4. Sobre las categorías que definen el concepto de infancia en el siglo XIX, véase, Cambi, CoUodi, De Amicis y Rodari (1971); por lo que a mi respecta, he profundizado este tema en mis volúmenes sobre De Amicis, en particular en *El romance de un maestro, de Edmundo De Amicis* (1996b); *El bibliotecario de los jóvenes, de Edmundo De Amicis*, (1996a); *De Amicis, O bien de la ironía* (1997).

5. Los fragmentos que tomamos en consideración aparecen en el volumen-antología a cargo de Ernesto Ferrero, con prefacio de Leonardo Sciasia (Valera, 1973, 4). También las páginas de los autores que serán citados a continuación son tomados de esta antología.

Eran todos rostros irregulares, empalidecidos por los sobresaltos de este infierno, tipos grotescos, oblongos, mandíbulas enormes, bocas espantosas. Algunos yacían como cuerpos caídos en batalla, otros de bruces con la mejilla sobre los brazos doblados. Los que tenían sus brazos extendidos dejaban ver los coloridos bordados de sus tatuajes en forma de corazones, estrellitas, círculos de puntos, palabras y nombres de sus seres queridos (Valera, 1973, 50).

También los apodos son característicos de estas degeneraciones de los marginados. Es el caso del famoso *Bárbaro*, la etérea *Bigotuda*, llamada así por sus abundantes bigotes, o el *Hermoso Renzo*, etc., como lo expresa Niño Bazzetta en su "Diccionario de la jerga milanesa y lombarda" de 1940 (Bazzetta, 1973, 56). Pero también existen delincuentes ilustres que son vetados en las jerarquías de los criminales, «hombres que tienen madera de héroes y bandoleros, y que son lo uno o lo otro según el momento y las circunstancias», mañosos y pandilleros como «*El cach.uch.6n*, ex rey de los fuertes, ex rey de la pandilla Napolitana, el cual se ha retirado ya de sus negocios». Son las palabras de Guillermo Ferrero e Scipio Sighele tomadas del volumen "Crónicas criminales italianas", de 1896 (Ferrero y Sighele, 1973, 82-83).

También se trata de figuras despreciadas, incluso en ese mundo, los marginados entre los marginados, los desechados pasivos o mejor, como los definía Abele Di Blasco, en su "Uso y costumbres de los pandilleros", de 1897, «delincuentes nacidos semifemeninos» (Blasco, 1973, 173). Pero la categoría que más atrae la fantasía popular hasta crear una verdadera y propia mitología, es la de los bandoleros, que incluso, en ese tiempo, se proponía dejar el escenario a una nueva y mejor articulada organización delictiva: la mafia. Un personaje elevado a los honores de la crónica fue Giovanni Botindari, en cuya historia todavía Ferrero y Sighele hallan las huellas infaustas de un destino inevitable:

De los seis a los diez años Giovanni rechazó el estudio y prefirió los juguetes como los demás

infantes del pueblo. Hacían todo tipo de fechorías: correrías en las veredas apartadas para robar gallinas, expediciones en las rocas altas en búsqueda de nidos de cuervos. Pero eran dos las diversiones preferidas de Giovanni: jugar a los bandoleros e ir a ver los cadáveres de personas asesinadas. Juanito, como lo llamaban desde pequeño, se reunía con sus coetáneos con el fin de formar bandas de hampones y ser su jefe. Juanito se hacía llamar Rocca, ya que entonces eran famosos los bandidos Rinaldi y Rocca. En estos juegos infantiles siempre se demostró violento y sanguinario (Ferrero y Híspele, 1973, 173).

ACULTURACIÓN Y FORMACIÓN DE MALOS HÁBITOS

Tanto en las crónicas reportadas como en los hechos narrados, en las descripciones, en las interpretaciones, aun realizadas con estilos literarios diversos o marcados por diferentes ideologías, emerge implícito un hilo conductor: el elemento formativo.

El mundo de los marginados ofrece una socialización diferente, inquieta, degradada, eficaz en la transmisión de las enseñanzas que les permitían a los individuos vivir en las calles, de *inventarse* la manera para aprender algún tipo de profesión, la cual les permitiese, por medio de diversas especializaciones, ser reconocidos socialmente, forjarse no sólo el carácter, sino también los signos externos de la autodeterminación propia:

Era costumbre que las chicas con ojos de putas, de mala calaña sirvieran de carnada. Obligaban a los jovencitos a tener sexo con ellas con el fin de abrirles los ojos y, en ocasiones, con la ayuda de sus secuaces los asesinaban. ¡Una vida muy negra! Dormían donde les cogía la noche: en los sótanos, en los pajares, o sobre los brazos doblados en lugares demasiado incómodos. Solían comer, hacer la siesta y planear los futuros crímenes en los edificios abandonados. A pesar de su estilo de vida tan rudo, el número de hampones siempre aumen-

taba. Este nombre común significaba hurtar, dar el golpe decidido y oportuno, sin necesidad de pagar por ello, hacer trueque o amenazar a nadie (Valera, 1973,4).

Se trataba de un estilo de vida que exigía la inmersión en un universo simbólico, una aculturación particular, compartir reglas, jerarquías, valores, organizaciones:

Cada hampón entregaba a su jefe el fruto de sus robos. Ellos se encargaban de revender la mercancía y repartir todo en partes equitativas entre los miembros. Finalmente el dinero desaparecía en grandes fiestas y derroches. Los interesados en formar parte del grupo eran presentados por un padrino y juraban nunca revelarse contra sus jefes o sus órdenes. Las oposiciones no se admitían nunca. Incluso la policía debía ignorar los secretos y la existencia de los hampones so pena de morir acuchillados (9).

Sus costumbres, las personas que frecuentaban, los ejemplos de los más expertos, constituían una especie de escuela de vida. Pero también existían las verdaderas escuelas para sus niños, los jóvenes de la calle, los adultos lesionados:

Tales escuelas tenían lugar en diferentes puntos de la ciudad: en las callejuelas, detrás de los mercados; siempre cambiaban de lugar. Solamente se realizaban dos o tres veces en el mismo sitio. El profesor era uno de los seis o siete ladrones más famosos en Florencia. La escuela de rateros era hecha de esta manera. A varios jóvenes se les decía que cada uno debía ir a un tal lugar. Pero a cada uno se le decía en forma diversa, usando palabras claves, amenazas, órdenes. Cada uno llegaba al lugar convenido a la hora fijada, pero sin saber de los demás. Eran seleccionados los jóvenes que sobresalían por su valor y destreza en las difíciles pruebas y seguidamente se les impartían las instrucciones necesarias (Piccini, 1973,14).

Los jóvenes aprendían a disimular sus propias deformaciones, a superar toda clase de pro-

blemas, a escapar, esconderse, huir de la policía, pero, sobre todo, aprendían a robar con la mayor perfección escogiendo sus propias víctimas, a apoderarse del botín con suma destreza, a pensar y programar los próximos crímenes. Todo esto se hacía bajo la tutela de un experto en la materia, un hampón, el cual más que con palabras, educaba y formaba en la acción participativa, es decir, acompañando a su alumno durante un crimen.

Pero es el ambiente mismo el que crea el clima antropológico en el cual todos se sienten comprometidos con una cierta visión de la vida y, por lo tanto, se ven expuestos a un cierto arte de vivir, el cual los marca desde la misma infancia: «Duermen juntos; el ladrón con la hermana, con la hija, con los niños, criaturas a menudo inocentes. El hampón, el cual sabe que la policía no lo busca más, luego de haberse escapado, acostumbra platicar de sus experiencias de picaro en un tono *formativo*» (31). Esta clase de enseñanza, de formación, de aculturación, implicaba también el conocimiento de las reglas sociales, los valores, las jerarquías que gobernaban el mundo marginado de las periferias urbanas, su tejido cultural, sus figuras dominantes, sus modelos educativos, sus mitos y ritos:

En una misma casucha viven cuatro, seis, siete hampones. Todos se sienten unidos por un aprecio recíproco. Entre ellos se da una jerarquía: existen quienes se han destacado por su despliegue de mayor inteligencia y por lo tanto tienen derecho a mayor tributo de respeto, hasta sus familiares deben ser venerados. A ellos se les consulta en situaciones muy especiales y ellos nunca desaprovechan la oportunidad para impartir instrucciones útiles (32).

Los escenarios de los hampones eran cantinas de baja calaña donde podían comprar a buen precio vino ácido, comida frugal y sexo presuroso. También frecuentaban los dormitorios públicos ocasionales y, de esta forma, los exprisioneros les evitaban a sus familias la incómoda visita por parte de la policía. Allí cul-

tivaban el odio hacia una sociedad que no les daba tregua y teorizaban tratando de encontrar las razones que justificasen su estilo de vida:

Es la vigilancia la que me enfurece. Si no logro regresar a casa antes del amanecer estoy perdido. El mundo se siente incómodo con nuestra presencia. ¿Porqué robamos? Es natural. En nuestra condición robaría incluso Guastí, jefe de la policía. No nos dejan vivir. Nos sentimos acosados, vivimos siempre con la sospecha a cuestas y la constante presencia de los ángeles custodios verdes (Valera, 1973, 38).

UNIVERSO SIMBÓLICO, LENGUAJES Y SABERES

Se trata de una sociedad paralela que gobierna y procede con otras reglas, que educa formal e informalmente con los estilos, comprensiones, prácticas y valores que les son peculiares. *La bella sociedad reformada*, por ejemplo, dirigía sus operaciones incluso desde la misma cárcel, donde mantenía una especie de sucursal: «cuando las puertas de las celdas se cerraban, éstas se convertían en verdaderos tribunales donde se sentenciaba, se amedrentaba a los débiles y temerosos. Es verdad que estaban bajo llave, pero podían disfrutar de comodidades y dinero suficientes, que envidiaría cualquier persona en libertad» (Blasio, 1973, 68).

A continuación se presenta la descripción detallada de los ritos, la jerga y costumbres requeridas en las diferentes ocasiones. Cuando un nuevo miembro hampón es presentado por su padrino en la organización, se le instruye cómo debe comportarse y se le enseñan las normas que regulan las relaciones entre los adeptos. Estamos considerando, entonces, otra forma de aprendizaje, la cual pasa a través de la adquisición, el perfeccionamiento, el conocimiento profundo de los lenguajes y símbolos: «El estilo epistolar sólo lo entienden los hampones porque el alfabeto se sustituye con

números y con jeroglíficos en ciertas ocasiones especiales. Estos números deben ser bien aprendidos y sólo el jefe puede cambiarles su significado en relación con el alfabeto y hacer conocer dichos cambios a quienes aún permanecen bajo llave» (70-71). No se trata de expedientes insignificantes para evadir la vigilancia, sino de una verdadera y propia formalización de la experiencia, de las vivencias y de la realidad que tiene consecuencias inevitables sobre la cultura, los saberes, las estrategias de pensamiento, es decir, sobre la formación de las personas.

Otro ejemplo significativo lo constituye la *paloma*. Así se le llamaba a la posibilidad de comunicación e intercambio de objetos en una cesta a través de las ventanas entre las celdas. Además existía un lenguaje alfabético, el cual se expresaba por medio de una serie articulada de golpes secos sobre las paredes divisorias de las celdas:

Las letras del alfabeto del prisionero son veintiuna y a cada una le corresponde un número [...] empiezo con una serie de golpes enfurecidos, lo cual traduce alegría. El me responde con igual número de golpes en la pared. Lo interrogo con dos golpes secos y cerrados que quieren decir: ¿estás listo? Él me responde con dos golpes seguidos que equivalen a: estoy listo, habla (Valera, 1973,76-77).

Pero este complejo universo simbólico expresaba sus códigos incluso fuera de la cárcel: es el caso concretamente de la afrenta, la cual respondía a mensajes bien diferentes, según el tipo de cuchilla de afeitar o arma blanca utilizadas, según el tipo de personas implicadas e incluso según la clase de ritual con el cual se efectuaba. No siempre la afrenta suponía un castigo, una advertencia o una feroz cuchillada vertical en la cara como marca de posesión, los cuales se coloreaban a veces con la extraña dulzura de la pasión y del amor: «Es una perversión extraña. Las mujeres soportan la afrenta con notable orgullo como prueba segura del fuerte amor del cual son objeto, y se manifies-

tan (este fenómeno es muy común en las mujeres vulgares) más preocupadas por el honor de pertenecer a un *hampón* que de su propia belleza» (Blasio, 1973,109).

Esta desfiguración violenta del rostro se divide en afrenta de amor, desprecio, destierro, embadurnarle la cara con caca, mojarle la cara con orina, arrojar la joven a un precipicio. Si la desfiguración era leve, se la consideraba como una promesa de matrimonio. Cuando un *hampón* se daba cuenta que la chica que le gustaba era esquiva, entonces la marcaba embadurnándole la cara con caca o mojándole la cara con orina. Este acto sellaba el compromiso ineludible del enamorado. De hecho, tan pronto como la familia de la chica se enteraba de tal hecho, se reunía con los padres del joven con el fin de convenir los intereses comunes y formalizar el matrimonio. En casos menos románticos, es decir, cuando el joven rehusaba casarse, se le sometía a un juicio por parte del tribunal de los *hampones*, quienes se ufanaban de *aplicar su ley con el corazón y con la mente*. Ellos manifestaban y estaban convencidos que la justicia del Estado no era efectiva, porque se perdía en los enredos de su abstracta e ineficiente burocracia; además era incapaz de interpretar las motivaciones individuales, antropológicas, culturales, las exigencias de justicia de los marginados, los cuales se sentían excluidos de los beneficios de la sociedad. En última instancia, no sabían entender en profundidad los símbolos, los lenguajes, los valores y antivalores de su propio universo marginado.

Un universo simbólico el cual tenía su propia mitología, con héroes buenos que utilizaban su propia fuerza en beneficio y defensa de los más débiles, especialmente en los estratos y lugares donde la justicia del Estado se mostraba incapaz de establecer el orden y la justicia. La fama y el prestigio de algunos *hampones* era tal, que su voluntad era considerada como la única ley en un mundo que de otra manera se hubiera precipitado en la anarquía:

No necesitaban recurrir más a la violencia. Casi nunca portaban armas; su sola mirada era suficiente, una sola palabra suya bastaba. Extraña potencia la de estos hampones, los cuales eran rodeados de una aureola misteriosa; eran considerados como personas sagradas e intocables. El señorito, como lo solían llamar sus seguidores, usaba toda su fuerza hercúlea para defender los débiles y hacer respetar su autoridad. De una cortesía exquisita, se citan muchos ejemplos de su gran bondad. La caridad y la generosidad de El cachuchón eran infinitas. El se divertía haciendo el bien aun aprovechándose de los demás. Para él era natural robarle dinero a una chica decente, con el fin de proporcionarle la dote a una chica pobre, que de otra manera no podría casarse (Ferrero y Sighele, 1973, 84-85).

Por lo tanto, existían valores, solidaridad, alto valor simbólico del uso de la fuerza y la violencia, una normatividad que gobernaba la compleja red de poderes, necesidades, relaciones. Existía una educación puntual, consciente, codificada, la cual se inspiraba en este universo simbólico y que alimentaba en los procesos formativos un fuerte sentido de autodeterminación y de rescate al interno de una sociedad que ignoraba y se burlaba de sus heridas y exclusión paralizante. Es en este complejo y multiforme *humus* educativo o maleducativo que podemos apreciar los elementos ideológicos y prácticos que marcan las vivencias y los destinos de quienes vivían y viven al otro lado de la sociedad, aquella parte malsana y peligrosa que la literatura ha sabido interpretar con éxito y que es de gran interés para una lectura pedagógica o histórico-pedagógica, o mejor aún, histórico-pedagógica-social. En fin, es en ese recuento narrativo, a mitad entre la tentación artística y el texto documental, que podemos identificar el punto de vista, la perspectiva ideológica, las motivaciones ocultas detrás de las denuncias sociales, detrás de la veleidad de comprensiones y de análisis, detrás de las propuestas re-educativas de quienes consideran estar, no del lado de los marginados, sino del lado justo.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ASOR ROSA, A. (1975). "La cultura". En: AA. VV. *Historia de Italia*. Turín: Einaudi.
- BAZZETA DE VEMENIA, Niño (1973). "Diccionario de la lengua milanesa y lombarda". En: FERRERO, Ernesto (antologista). *La mala Italia, historias negras de fin de siglo*. Milán: Rizzoli.
- BOBBIO, N. (1969). "Perfil ideológico de mil novecientos". En: *Historia de la literatura italiana: el 1900*. Vol. IX. Milán: Garzanti. pp. 157-167.
- BLASIO, Abele Di (1973). "Uso y costumbres de los pandilleros". En: FERRERO, Ernesto (antologista). *La mala Italia, historias negras de fin de siglo*. Milán: Rizzoli.
- CAMBI, COLLODI, DE AMICIS y RODARI (1971). *Tres imágenes de infancia*. Bari: Decíalo.
- FERRI, E. (1883). *Socialismo y criminalidad*. Roma-Florenia-Turín: Hermanos Bocca.
- FERRERO, G. Y SIGHELE, S. "Crónicas criminales italianas". En: FERRERO, Ernesto (antologista). *La mala Italia, historias negras de fin de siglo*. Milán: Rizzoli.
- FOUCAULT, M. (1973). *FierreRiviere, ayantégorgé ma mere, ma soer et monfrère...* París: Gallimard.
- _____ (1975). *Vigilar y castigar: características de la prisión, [sic]*.
- _____ (1999). *Los anormales*. Paris: Gallimard/Seuil.
- GIORDANI, F. (1906). *Las causas de la perversión juvenil*. Florenia: Oficina de la historia nacional.
- GRAMIGNA, Anita (1996a). *El bibliotecario de los jóvenes, de Edmundo De Amicis*. Gaeta: Biblioteca.
- _____ (1996b). *El romance de un maestro, de Edmundo De Amias*. Florenia: La nueva Italia.
- _____ (1997). *De Amias, O bien de la ironía*. Ferrara: Curso.
- _____ (1998a). "A lo largo de los caminos de la literatura". En: GRAMIGNA, Anita. *Historia de la mala educación, los niños malos del siglo XIX*. Bologna: CLUEB.
- _____ (1998b). "Entre ensayos y tratados". En: GRAMIGNA, Anita. *Historia de la mala educación, los niños malos del siglo XIX*. Bologna: CLUEB.
- _____ (2000a). "Aproximaciones y modelos para una pedagogía de la marginación de los menores". En: *Investigaciones pedagógicas*. Año XXXIV, No. 134, (enero-marzo), pp. 31-37.
- _____ (2000b). "Europa vieja y niña en el más allá imaginario de Salgan". En: Genovesi, G. *La imagen y la idea en Europa en los manuales escolásticos (1900-1945)*. Milán: Angelí, pp. 59-70.
- MARIANI, G. (1967). *Historia de la insesatez*. Roma: Sciascia.
- PICCINI, Giulio (1973). "Arte jarro". En: FERRERO, Ernesto (antologista). *La mala Italia, historias negras de fin de siglo*. Milán: Rizzoli.
- RIGHETTI, M. (1998). "El silencio de la infancia. Ideología y educación en *Rosso Malpelo*, de Juan Verga". En: *Investigaciones pedagógicas*. Parma.
- TESSARI, E. (1976). *La insesatez. Una vanguardia artística de la realidad pre-industrial*. Tutin: Paravia.
- VALERA, Paolo (1973). "La Milán desconocida". En: FERRERO, Ernesto (antologista). *La mala Italia, historias negras de fin de siglo*. Milán: Rizzoli.

REFERENCIA

GRAMIGNA, Anita. "Literatura y vida en los estratos bajos de Italia entre 1800 y 1900: ideología educativa y aculturación en el mundo marginado". En: *Revista Educación y Pedagogía*. Medellín: Universidad de Antioquia, Facultad de Educación. Vol. XIV, No. 32, (enero-abril), 2002. pp. 183-191.

Original recibido: enero de 2002

Aceptado: marzo de 2002

Se autoriza la reproducción del artículo citando la fuente y los créditos de los autores.

